

Chile: Experiencia sociopolítica y medios de comunicación

Los problemas del periodismo son los de la comunicación, y éstos, los de la sociedad en su conjunto.

Camilo Taufic¹

La relación entre el sistema de comunicación de un país y la situación de él mismo siempre es estrecha, ya que los medios informativos son uno de los pilares básicos en que se apoyan la estructura social y el régimen que la representa. Un esquema comunitativo abierto y rico en posibilidades sólo puede desarrollarse cuando los órdenes social y político marcha en el mismo sentido. Al producirse la ruptura institucional y colectiva el periodismo, en cualquiera de sus formas, también se quiebra.

El periodismo transformador ante la desestabilización

El desarrollo social y político de Chile a partir de la década de los cuarenta, marcó un hito dentro del conjunto de países latinoamericanos. La relativa estabilidad del sistema de democracias formales que se había instaurado en el país propició, por una necesidad básica de supervivencia, el crecimiento del orden comunicativo. Aunque los medios de comunicación estuvieron desde un principio en manos de los detentores de los medios de producción, paulatinamente se fue creando un espacio para que otras ideologías que no fueran las dominantes pudiesen expresar su voz.

No podríamos entender el ascenso al poder de Salvador Allende y la Unidad Popular sin valorar la importancia y amplitud que el sistema comunicativo chileno tenía por entonces. La victoria de la UP a través de las urnas fue la consecuencia de muchos factores, entre ellos la variedad e ideologización de los medios, principalmente periódicos, ejercían el periodismo aplicando la teoría de la comunicación que habían senta-

¹ Taufic, Camilo. Periodismo y lucha de clases, Akal Editor, Madrid, 1976, pág. 13.

do en sus escritos Marx y Engels. Por una parte, cumplían una función informativa-cognoscitiva y por otra, influían en los miembros de la sociedad educándolos políticamente. Desde que la Unidad Popular ascendió al poder esos medios, que se constituían en alternativa a los tradicionales, pasaron a cumplir la tercera función que los citados autores asignaban al periodismo, es decir, «fomentar la transformación de la realidad a fin de conseguir el desarrollo armónico de la sociedad en su conjunto y de cada individuo como miembro y componente de la misma».²

Sin embargo, así como el sistema comunicativo chileno propició el triunfo de la UP, el mismo contribuyó a su caída, al menos una parte importante de él. No cabe duda de que los medios de comunicación, espejo donde se refleja la realidad de una sociedad, se polarizaron en la misma forma en que lo hacían los chilenos. El momento histórico eran tan decisivo para unos y para otros, que no se podía permanecer al margen de lo que ocurría. Si como hemos señalado, un sector de los medios —los pertenecientes al Estado, y otros como *El Siglo*, *Puro Chile* y *Punto Final*— asumió la tercera función que Marx y Engels asignaban al periodismo, no es menos cierto que otro, el más importante por su respaldo económico, hizo todo lo contrario. Los medios fueron el caballo de batalla para los sectores de la sociedad chilena que se oponían al cambio social y político del país.

La estrategia a seguir por parte de quienes veían peligrar sus privilegios de clase fue la de crear la inestabilidad en todos los ámbitos y luego llevar ese mensaje a la ciudadanía. Los medios de comunicación de masas eran los puntos donde confluían los intentos desestabilizadores. La batalla se libraba, principalmente en la radio y en los periódicos pues la televisión aún no alcanzaba el grado de importancia que hoy tiene. Poco a poco, y utilizando variadas técnicas comunicativas, ciertos medios inyectaron en parte de la sociedad la necesidad de la solución militar como única vía para impedir los cambios que impulsaba la Unidad Popular. De esa forma se produjo el golpe militar que acabó con la institucionalidad chilena y de paso con el sistema comunicativo del país, en ese momento dividido pero lleno de expectativas de desarrollo y de creación de espacios de participación para los sectores populares.

Dictadura: realidad bipolar

El régimen militar, contrariamente a lo que sus ideólogos y ciertos partidos políticos sostenían, no tenía la menor intención de abandonar el poder al poco tiempo. Lo que se perseguía era borrar a una parte importante de la sociedad y del patrimonio cultural chileno, cambiando de raíz muchos de los principios que hasta el 2 de septiembre de 1973 habían regido la convivencia nacional y el liberalismo a ultranza, querían imponer por la fuerza un nuevo patrón de comportamiento social, económico y cultural al conjunto de los chilenos. Los apologistas y consumidores del golpe de

² Romano, Vicente (compilador): *Sobre prensa, periodismo y comunicación*, Karl Marx y Fiederich Engels, Taurus, Madrid, 1987, pág. 15.

Estado no improvisaron y desde el primer momento supieron que la mejor forma de transmitir su mensaje a la sociedad era a través de los medios de comunicación social.

Tal como ha señalado Giselle Munizaga, para el Gobierno militar el sistema comunicativo debía tender, por una parte, a acabar con el marxismo, principio en que se sustenta la doctrina de la seguridad nacional, y por otra, conseguir la adhesión a los postulados socioeconómicos del régimen, es decir, el apoyo a la instauración en Chile del capitalismo más liberal.

El desarrollo que había alcanzado el orden comunicativo chileno obligó a la dictadura a elaborar un amplio plan comunicacional que permitiera invertir el sistema que hasta entonces había regido y dotarlo del poder necesario para llevar a la práctica sus premisas básicas. De lo que se trataba era de articular una sólida red comunicativa que difundiera la visión que el régimen tenía de la realidad y que negara la participación a través de los medios de los sectores populares y de las élites ideológicamente contrarias a la dictadura.

La primera parte de la política comunicacional del régimen fue la más violenta y la menos sutil de todas. El día del golpe de Estado los bombardeos de los aviones de la Fuerza Aérea se encargaron de acabar con las emisoras de radio de la Unidad Popular, a la vez que los efectivos del Ejército ocupaban las instalaciones de Televisión Nacional y las redacciones de otros medios. Mientras se operaba el relevo de la prensa, la radio y la televisión estatales, se clausuraban los periódicos identificados con los partidos políticos de izquierda. Al poco tiempo también se cerraron periódicos de la Democracia Cristiana y del Partido Nacional, algunos de cuyos líderes habían apoyado clara o subrepticamente el movimiento golpista.

Tras los primeros embates al sistema de prensa, radio y televisión, el Gobierno militar, por medio de la Dirección Nacional de Comunicación Social de Gobierno —DINACOS—, pasó a la siguiente etapa de su plan comunicacional. La censura y el control, así como la difusión de la realidad que la dictadura quería imponer, fueron marcando la pauta. Para hacer llegar a la sociedad chilena los distintos mensajes que el régimen utilizó para controlar las conciencias, se recurrió a los medios de los grandes grupos empresariales —El Mercurio y COPESA— que atravesaban por sendas crisis económicas que les llevaron a convertirse en dependientes del Gobierno.

Los medios oficialistas contribuyeron en forma decisiva a desarticular a la sociedad. Las noticias eran unidimensionales y resaltaban o inventaban ciertos logros del régimen. El paradigma de la manipulación lo constituyó Televisión Nacional de Chile, que abarca todo el espacio geográfico del país. Los informativos del canal estatal fueron la piedra angular del orden comunicativo imperante. Todo lo que se emitía, a través de la imagen y la palabra, era para ensalzar al Gobierno, y las únicas referencias a la disidencia fueron para asociarla al «caos marxista».

La forma de hacer periodismo que siguió Televisión Nacional fue emulada por Radio Nacional, Radio Agricultura y la mayoría de las emisoras privadas. También la prensa, a través de El Mercurio, La Tercera, La Nación y los demás periódicos y

revistas oficialistas, siguieron la línea dictada por DINACOS. La realidad nacional se presentaba como carente de conflictos sociales y políticos, por más que ellos estuvieran latentes bajo el manto de orden y estabilidad que el régimen quería aparentar.

El periodismo afecto al Gobierno cumplió con la tarea que tenía asignada por medio de la selección de textos e imágenes y la amplia utilización de adjetivos, triunfalistas o descalificadores, en el cuerpo de las informaciones. La atención de los ciudadanos era constantemente distraída exagerando la importancia de eventos deportivos, musicales o concursos de belleza. La abundancia de ellos en los medios cercanos al régimen eran la válvula que se abría cuando la tensión política y social aumentaba y los militares veían peligrar su permanencia en el poder.

Pero el orden comunicativo oficialista no sólo se limitó a realizar un trabajo periodístico que distorsionara la realidad nacional, sino que también tenía por misión reconducir el despliegue informativo de la actualidad internacional. Si el filtro era tenaz en el apartado de nacional, no lo era menos en el ámbito externo. Para ir creando la imagen del nuevo Chile, «moderno y floreciente económicamente», había que manejar la realidad internacional de forma tal que las ideas que el régimen propugnaba fueran coherentes. La intención fue menoscabar a aquellos países que tenían un sistema socialista, principalmente a la URSS y a Cuba, a la vez que alinear a Chile con los países del capitalismo avanzado, al menos en lo que a valores culturales se refiere. Cuando comenzaron a caer las dictaduras militares de los otros países del continente, la función de las secciones de internacional de los medios oficialistas apuntaron a difundir una imagen negativa de las nuevas democracias, una visión del «caos del que Chile estaba libre».

El sistema económico que se implantó en Chile tras el golpe militar tendía a la consecución de una sociedad de consumo. Ello dio un nuevo impulso a los medios de comunicación. El consumo se apoya en ellos como vías donde promocionar sus productos. Esa situación propició nuevos recursos a los medios de las grandes empresas, así como a los canales universitarios de televisión, obligados a autofinanciarse por el recorte de subvenciones estatales. La profusión de publicidad supuso que la prensa, la radio y la televisión dependieran de los sectores económicamente más poderosos y, lógicamente, gubernamentales.

Por otra parte, el desarrollo de la sociedad de consumo hizo proliferar el número de aparatos de televisión en el país, y de ahí la importancia que el régimen asignó a Televisión Nacional y al control de los canales universitarios. La sociedad de consumo contribuyó a reforzar el dominio ideológico a través de los medios, pues en una sociedad de masas «la empresa de comunicación que trata los mensajes como mercancías y orienta su producción de manera instrumental y mercantil es la más eficiente ideológicamente»³.

La nueva situación socioeconómica permitió la introducción y utilización en el país de nuevas técnicas informativas, sobre todo las televisivas. El color en las pantallas y en las primeras páginas de periódicos y revistas gubernamentales —Ercilla y Que

³ Munizaga, Giselle. El ámbito comunicativo chileno, *Chile Vive*, Ministerio de Cultura de España, Madrid, 1987, pág. 107.